

José CORREDOR-MATHEOS, Ana Luisa GONZÁLEZ REIMERS y Federico CASTRO MORALES, *María Belén Morales*, Biblioteca de Artistas Canarios, Gobierno de Canarias, Santa Cruz de Tenerife, 2010.

El volumen 48 de la Biblioteca de Artistas Canarios rinde merecido homenaje a la escultora María Belén Morales. El primer apartado del libro es un estudio crítico sobre su trayectoria artística, análisis realizado por Corredor-Matheos. Centrándose en una sola obra figurativa inicial, «Pescadoras», define los rasgos fundamentales que caracterizarán su producción, convirtiéndolos en hilo conductor de su relato: las formas curvas y el juego de las rectas, líneas que se entrecruzan y complementan, conformando unos volúmenes que parten de la propia naturaleza, pero a los que la autora, después de un proceso complejo sensorial, mental e intuitivo, los hace derivar en abstracción a principios de los años sesenta. Es el momento también, en el que se suma a un objetivo perseguido por muchos escultores contemporáneos, que no es otro que lograr desmaterializar la obra, objetivo que consigue en piezas elaboradas con planchas de hierro, una inquietud que concilia con formas compactas trabajadas en piedra artificial. Precisamente, la conciliación de lo opuesto, sostiene el discurso que Corredor vierte en el apartado dedicado a la madurez creativa, que sitúa cronológicamente en los años setenta. Como ilustración de su pensamiento crítico y del proceso conceptual que vive en esos momentos María Belén Morales, analiza detenidamente la serie titulada «Formas de silencio», culminando este bloque con una profunda reflexión sobre otra de sus series, «Semillas», en la que desvela el núcleo

oculto de la materia haciendo abstracción de la realidad, creando que no inventando.

El último apartado de este autor desglosa la producción realizada por María Belén a partir de la década de los ochenta. Recurre ahora a materiales metálicos y el talante intimista de sus piezas se torna monumental. La verticalidad se convierte poco a poco en una constante de su creación y partiendo de un mínimo punto de apoyo origina piezas que parecen anhelar la liberación. Tampoco escapa a la atención del crítico otras obras de menor formato que subrayan la versatilidad de la creadora: placas, joyas, trofeos, esculturas de bulto redondo y collages. En estos últimos se detiene para hacernos reflexionar sobre la capacidad de María Belén a la hora de trasladar sus inquietudes a soportes de dos dimensiones: cartulina, cartón, y ocasionalmente madera. Estas creaciones coinciden en el tiempo con esculturas en las que introduce el color de forma intensa, utilizando el hierro lacado que pinta al duco. Este lenguaje formal se prolonga hasta los noventa, pero su afán innovador la lleva en esta década a experimentar con bases más amplias que visualmente proporcionan mayor estabilidad a los planchas. Las piezas coloreadas conviven con otras de hierro galvanizado a las que aplica óxido de hierro, técnica que les imprime un aspecto vetusto. Al comentar estas obras, Corredor plantea un interesante y profundo análisis de los valores simbólicos, asociando esa insistencia y progresiva acentuación del vuelo y la ascensión, con las ansias de superación y espiritualidad de la autora.

Dentro de ese gran apartado que conforma el estudio crítico hay que introducir la brillante aportación que nos brinda Ana Luisa González

Reimers. Un texto certero, contundente, y poético. Bajo el significativo título «La transmutación como proceso formal en la obra de María Belén Morales», nos ofrece una minuciosa y sutil reflexión sobre los últimos trabajos de la artista, incidiendo en la sensibilidad y el respeto que ha mostrado siempre a su entorno, al territorio circundante. Se trata de la serie titulada «Proceso», inspirada en la *Euphorbia canariensis*, el cardón endémico. Cinco esculturas y once dibujos que confirman las cualidades plásticas de la artista, quien expresa su preocupación por un tema realmente dramático, los incendios que devastan el paisaje insular.

El Dr. Federico Castro Morales aborda ese otro gran apartado que es la biografía. Es la mujer artista la que ahora descubre el lector, sus orígenes, primeros estudios, formación, exposiciones y premios, que han jalonado un extenso currículum, pero sobre todo nos hace partícipes de una vida que deslumbra por su profundo compromiso con el arte y la modernidad. Una mujer constante que no desfalleció ante una sociedad artística en la que predominaban los hombres.

Es ese el mismo compromiso que le ha llevado a participar activamente en la vida cultural de cada uno de los momentos históricos que le ha tocado vivir. En las tertulias en su casa de

Tacoronte, en círculos artísticos y también en los políticos, ha hecho escuchar su voz en favor de la vanguardia, palabras que ha traducido al desarrollar una importante gestión cultural. No olvidemos que toma parte activa en la fundación del grupo Nuestro Arte y que fue una de las integrantes del colectivo las 12. Reestructura en los años setenta el Círculo de Bellas Artes, contribuyendo como presidenta de la sección Escultura, al cambio en la programación de exposiciones y apoyando iniciativas innovadoras como «Tocador de Arte», organizada por Papeles Invertidos en el Colegio Oficial de Arquitectos de Santa Cruz de Tenerife. En el Ayuntamiento de esta ciudad ocupó la concejalía de cultura, permaneciendo después en el patronato.

En definitiva, Federico Castro desglosa una vida rica, pletórica de acontecimientos y experiencias artísticas, que corrobora la antología de textos. Una rápida revisión de este apartado da cumplida cuenta del respeto y admiración con la que han abordado su producción los más destacados críticos e historiadores del panorama nacional, textos que enriquecen el libro, al igual que lo hacen las magníficas fotografías que lo ilustran.

Ana María QUESADA ACOSTA
Departamento de Historia del Arte